

# LA ACCIÓN CATÓLICA HOY: TESTIMONIO ECLESIAL DE FRONTERA

«¿Cómo cantar al Señor  
en tierra extraña?»  
[Sal 137, 4]

**D. Salvador Pié-Ninot**

Profesor de teología fundamental y eclesiología; Facultat de Teologia de Catalunya (Barcelona); Pontificia Università Gregoriana (Roma); ex consiliario general del MUEC (MIEC-JECI) catalano-balear; ex asesor de la CEAS y del CLIM; presidente de los servicios religiosos de los JJOO'92 (Barcelona); experto del Sínodo de los Obispos del 2008 sobre "la Palabra de Dios".

**C**heste. 31 de julio de 2009

## INTRODUCCIÓN: ¿DE DÓNDE VENIMOS? "QUIEN PIERDE LOS ORÍGENES PIERDE LA IDENTIDAD"

**I. El Concilio Vaticano II** (1962-1965) describe la identidad de la *Acción Católica* a partir de sus cuatro notas en AA, 20, así:

- 1) *finalidad apostólica*: la AC tiene como fin inmediato el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y la santificación;
- 2) *protagonismo de los laicos*: en la AC éstos asumen su responsabilidad en la dirección;
- 3) *estructura organizativa*: los laicos en la AC actúan asociados de forma orgánica;
- 4) *cooperación directa con la Jerarquía*: que puede expresarse en un 'mandato' explícito, ya que comporta una particular relación con la jerarquía.

**II.** Los Papas Pablo VI y Juan-Pablo II: la *Acción Católica* es "una singular forma de ministerialidad eclesial".

**III.** La Exhortación Apostólica postsinodal de Juan-Pablo II, *Christifideles laici* de 1988 afirma que "entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen particular relación con la jerarquía, los Padres sinodales han recordado explícitamente diversos movimientos y asociaciones de *Acción Católica*, en los cuales los laicos se asocian libremente y de una forma orgánica y estable, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el Obispo y los presbíteros, para poder servir fiel y activamente, al incremento y a los esfuerzos pastorales de toda la comunidad cristiana y la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida" (n 31).

**IV.** El Documento de la Conferencia Episcopal Española, *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (CLIM) de 1988, de aplicación de la *Christifideles laici* recuerda que éste documento "sólo cita de forma explícita la *Acción Católica*, ya que de acuerdo con la doctrina de las cuatro notas (cf. AA 20), no es una asociación más, sino que en sus diversas realizaciones -aunque pueda ser sin estas siglas concretas- tiene la vocación de manifestar la forma habitual apostólica de "los laicos de la diócesis", como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana" (n 95). Por esto, la CEE exhorta a la actualización y reconstrucción de la *Acción Católica*: una, con dos modalidades General y Especializada, y por esto ve necesaria la "promoción de la *Acción Católica General* que deberá estimular los esfuerzos de la Parroquia a fin de impulsar la evangelización de los ámbitos en que está inmersa; impulsar un laicado adulto, evangelizador, militante y contribuir a la unidad de la comunidad parroquial en la misión y a la corresponsabilidad de todos sus miembros" (n 126).

**V. Estatutos de la *Acción Católica General*** configurada como un Movimiento con tres sectores:

niños, jóvenes y adultos, aprobados por la Conferencia Episcopal Española (24.IV.2009), con su Asamblea constituyente en Cheste/Valencia, 31, julio 2 de agosto 2009.

## 1. LA "TIERRA EXTRAÑA" DONDE VIVIMOS: UN MUNDO PLURAL Y DE FRONTERA

### 1. La Iglesia en una larga transición

- a) La perplejidad que vivimos hoy como cristianos
- b) La paradoja histórica que envuelve el misterio de la Iglesia

### 2. Sensibilidad Postmoderna

- a) La autorrealización individual: intimista y vivencialista
- b) Acentuación de tendencias disgregadoras

## 2. "¿CÓMO CANTAR AL SEÑOR?": EL TESTIMONIO ECLESIAL DE LA ACCIÓN CATÓLICA COMO IGLESIA EN NUESTRO MUNDO

### 1. Sugerencias en torno a nuestra vida de fe y en la Iglesia

- a) Realizar con toda naturalidad lo que la fe cristiana nos propone
- b) Asumir la realidad compleja de la Iglesia en su momento actual
- c) Reconocer en la paradoja histórica de la Iglesia el misterio de la Madre que nos da a Cristo con la Palabra de Dios y los Sacramentos
- d) Fomentar espacios de fe comunicativos
- e) Impulsar la comunión eclesial "activa"
- f) Los católicos: ¿un resto fiel cual levadura en la masa?

### 2. Sugerencias para la Acción Católica General

- a) Primado de la dimensión espiritual y creyente
- b) Vivir, celebrar y atestiguar el "plus cristiano"
- c) "Proponer la fe" con claridad en la sociedad actual, secular y pluralista
- d) Reforzar la originalidad fundacional de la ACC que es su misión evangelizadora, protagonizada por laicos y vivida en comunión eclesial
- e) Centrarse en la "localidad" de la Iglesia diocesana, como iglesia local, y particularmente en su concreción parroquial
- f) Procurar una pertenencia al Movimiento 'amplia' y 'acogedora'
- g) Sobre el compromiso hoy: ambigüedades e interrogantes
- h) La cuestión de la visualización colectiva
- i) Promover una metodología evangélica e integradora



## Introducción

### ¿De dónde venimos? "Quien pierde los orígenes pierde la identidad"

¿En qué contexto surge la **Acción Católica** [AC] como asociación y movimiento de *apostolado seglar* en un contexto nuevo de misión de *frontera*? Su larga etapa fundacional se alarga desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX, etapa en la cual pueden dibujarse esquemáticamente entre otras las siguientes coordenadas:

- A nivel social y cultural entre finales del siglo XIX e inicios del XX surge una nueva situación en el mundo muy ligada a la industrialización con la fuerte emergencia de una cada vez más numerosa clase social como es el *proletariado*, entendido como los *trabajadores por cuenta ajena*; en este contexto aparece en 1848 el influyente **Manifiesto del partido comunista** de **Karl Marx** que poco después, en 1864, puso en pie la **Primera Internacional**. A partir de ella se influencia se hace sentir fuertemente llegando a su momento más emblemático de esta primera etapa en la Revolución rusa del 1917, cuyo influjo no sólo político, sino cultural y social ha sido decisivo a lo largo del siglo XX.

- A su vez, por lado de la Iglesia aparecen los comienzos del catolicismo social: en 1891 el papa **León XIII** escribe la primera encíclica social, la **Rerum novarum**, que representa el primer documento de la Iglesia Católica sobre la dimensión social y política de la fe cristiana que deben vivir los cristianos en su vida familiar, educativa, social, sindical y política, dado que no siempre está impregnada del mensaje evangélico dado el crecimiento del *laicismo*.

- A su vez, para favorecer la acción social de los cristianos aparecen partidos demócrata-cristianos en diversos países así como sindicatos católicos unidos en la **Confederación Católica de Sindicatos Cristianos** ya en 1908. En España, el jesuita valenciano **A. Vicent** [1837-1912] funda en 1880 los influyentes círculos obreros en la Comunidad Valenciana e impulsa la primera **Semana Social de España** [1906]; igualmente el también jesuita **G. Palau** [1863-1939], el cual crea la **Acción Social Popular** en Barcelona y escribe ampliamente sobre la AC, con dos obras traducidas al catalán, francés, italiano, alemán, inglés, portugués, polaco y húngaro, tituladas, **La mujer**

**de Acción Católica** [1926] y **Católico en acción** [1934; or.1905].

- En este contexto tan sólo apuntado surge la urgencia de una misión de *frontera* de los católicos, y aparece la AC promovida por el Papa **Pío XI** ya en 1916 -a partir de diversas realidades laicales ya existentes- como «participación de los laicos en el apostolado jerárquico». De forma ya más estructurada le da un estatuto jurídico en Italia en 1922, en España el 1925... Paralelamente surge la AC especializada, especialmente la JOC creada por **Cardijn**, que generó progresivamente el resto de especializaciones según ambientes.

- Posteriormente con el Papa **Pío XII** la palabra «participación» propia de la AC fue transformada por las más matizadas de «colaboración», «cooperación» y «ayuda», acen- tuándose para la **Acción Católica General** [ACG] una particular radicación parroquial, así como su voluntad apostólico-misionera en la frontera de los diversos ámbitos de la vida (familiar, educativo, cívico, social, cultural, político...). Por eso es muy elocuente el agudo comentario del filósofo marxista fundador del partido comunista italiano, **A. Gramsci**, que escribía en 1937: «la Iglesia en el momento actual no puede contentarse en tener sólo sacerdotes, sino que con el impulso a la Acción Católica quiere penetrar el Estado y por eso son necesarios los laicos; la Acción Católica marca el inicio de una nueva época en la historia de la religión católica cuando debe aceptar el terreno que le han impuesto los adversarios y servirse así de sus mismas armas: la organización de masas».

- El **Concilio Vaticano II** [1962-1965] describe la identidad de la AC a partir de sus cuatro notas recogidas en el **Decreto sobre el Apostolado Seglar** [AA 20], así: 1) *finalidad apostólica*: la AC tiene como fin inmediato el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y la santificación; 2) *protagonismo de los laicos*: en la AC los laicos/as asumen su responsabilidad en la dirección; 3) *estructura organizativa*: los laicos en la AC actúan asociados de forma orgánica; 4) *cooperación directa con la Jerarquía*: que puede expresarse en un «mandato» explícito, ya que comporta una «particular relación con la jerarquía».

Así la AC no se presenta como una asociación más de laicos entre otras, sino que al gozar de un vínculo peculiar con la jerarquía, formulado como «mandato» [AA 20], y

explicitado más acertadamente como «una particular relación con la jerarquía» [ChL 31], adquiere un valor *oficial* y *público* en la Iglesia, y así forma goza de una eclesialidad más *institucional*. Por eso, **Pablo VI** y **Juan Pablo II**, la describían siempre como «una singular forma de ministerialidad eclesial».

- ¿Y qué significa esta «singular forma de ministerialidad eclesial»? Significa que tal como afirman nuestros obispos: «la AC no es una asociación más, sino que en sus diversas realizaciones -aunque pueda ser sin estas siglas concretas- tiene la vocación de manifestar la forma habitual apostólica de 'los laicos de la diócesis', como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana» [CLIM, 95]. En efecto, así como a nivel territorial la diócesis se estructura fundamentalmente en parroquias, de forma similar la AC tiene la vocación de agrupar habitualmente «los laicos de la diócesis». Y esto no es fruto de un carisma fundacional o de un privilegio específico de este grupo, sino que surge de la misma teología de la Iglesia diocesana y de la necesidad que tiene de estimular y asegurar su misión evangelizadora en el mundo por medio de sus laicos.

Nótese que la ausencia de una referencia específica a la AC en el nuevo **Código de Derecho Canónico** [1983], que en una perspectiva más civilista prefiere hablar de *asociaciones de fieles privadas y públicas* [cc. 299 y 301]. En cambio, la posterior Exhortación postsinodal de **Juan-Pablo II, Christifideles Laici** [1988], al tratar de las asociaciones y movimientos laicales sólo cita explícitamente la AC con estas palabras: «entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen particular relación con la jerarquía, los Padres sinodales han recordado explícitamente diversos movimientos y asociaciones de Acción Católica, en los cuales los laicos se asocian libremente y de una forma orgánica y estable, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el Obispo y los presbíteros, para poder servir fiel y activamente, al incremento y a los esfuerzos pastorales de toda la comunidad cristiana y la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida» [n 31].

Fue esta la línea asumida por la **Conferencia Episcopal Española** que en su documento **Cristianos laicos, Iglesia en el mundo** [CLIM] de 1988 desarrolla la aplicación a España de la **Christifideles laici**, y ha sido a partir del

proceso entonces iniciado que ha surgido después de veinte años de larga maduración el proyecto que hoy nos reúne: la formación de la ACG amplia y articulada en adultos, jóvenes y niños -manteniéndose la AC Especializada con sus diversos movimientos y que sigue su significativo camino-. En esta clave el **CLIM** [n 126], anima a la «promoción de la Acción Católica General que deberá estimular los esfuerzos de la Parroquia a fin de impulsar la evangelización de los ámbitos en que está inmersa; impulsar un laicado adulto, evangelizador, militante y contribuir a la unidad de la comunidad parroquial en la misión y a la corresponsabilidad de todos sus miembros».

De esta forma la ACG quiere responder a la nueva situación de la sociedad europea que tiende cada vez más a unificar los diversos ámbitos sociales a partir de la llamada *mesocratización* de la sociedad, es decir, de la formación de una población numerosa en situación intermedia en la jerarquía social. A su vez, quiere responder a los desafíos nuevos de la Iglesia hoy, particularmente situada en las parroquias, y con una gran conciencia de la necesidad de ser testimonio eclesial de frontera en nuestras tierras. He aquí pues nuestra carta de identidad, enraizada en la historia reciente de la Iglesia y especialmente en el Vaticano II, la **ChL** y el **CLIM**, con sus concreciones posteriores hasta hoy.

### **La «tierra extraña» donde vivimos Un mundo plural y de frontera**

Vivimos un tiempo de especial dificultad en las Iglesias Europeas. Evangelizar nunca ha sido tarea fácil. Pero hay momentos históricos en los que la Iglesia tiene la conciencia (sea ésta más o menos acertada) de encontrarse *situada*, haciendo lo que debe hacer y como lo debe hacer, al menos fundamentalmente. Sin embargo en este momento de profunda evolución social, la dificultad que de por sí ya entraña la misión se ve acrecentada por una también profunda desubicación eclesial. No se trata ya de que la tarea sea más o menos costosa, sino de que no estamos muy seguros de cómo hemos de llevarla a cabo. Tenemos muchas incertezas sobre cómo hemos de situarnos en y ante la sociedad; hay cierto desconcierto sobre la forma en que hemos de proponer la fe, sobre la manera concreta de desarrollar la misión que tenemos encomendada; la misma

credibilidad de la Iglesia es cuestionada fuertemente desde fuera e incluso desde dentro de la misma. Esto afecta a toda la Iglesia y, como parte de la misma, a cada uno de nosotros y a nuestro Movimiento.

En esta primera parte señalamos unos contextos que es necesario tener en cuenta. En la segunda sugerimos unas actitudes que nos parece necesario atender para afrontar este momento eclesial, personalmente y también desde nuestro Movimiento como tal.

Es importante, antes que nada, contextualizar toda la reflexión en el momento actual marcado por una larga transición eclesial. Estamos en otro contexto eclesial y otro contexto mundial al del Concilio Vaticano II, en el que éste queda interpelado ya sea en clave de fidelidad, de revisión, de restauración o de reforma, como justamente dice **Benedicto XVI**. El Sínodo de los obispos a veinte años del Vaticano II ya dijo que los tiempos habían cambiado en el sentido de que se daban más experiencias de cruz. Quizá el Concilio era más optimista y no había hablado de tantas experiencias de cruz y dificultad.

En esta larga transición eclesial conviene también recordar que «la Iglesia es como la luna», esa imagen clásica en los Padres de la Iglesia y retomada con motivo del Gran Jubileo del 2000 por **Juan Pablo II**. Los Padres de la Iglesia amaban comparar la luz prestada a la Iglesia por Cristo con la dependencia que tiene la luz de la Luna respecto a la que emite el Sol, del cual su luz es tan sólo un «reflejo semioscuro», por eso la Iglesia aparece «bella como la Luna cuando con paz crece, o decreciendo oscurecida por las adversidades». De ahí que los Padres de la Iglesia postularan la necesidad de una mirada «penetrante» para saber descubrir la «belleza» de la Iglesia. Esta imagen simbólica ayuda a subrayar que la Iglesia es un signo sacramental que indica donde está Cristo, y que lo importante en la Iglesia no es su luz, sino que lo que señala. Fue interesante que Juan Pablo II la recordara para no tener miedo. Conviene, por tanto, tener siempre presente que se debe relativizar la Iglesia en relación con Jesucristo y su anuncio del Reino de Dios, que es lo central que la Iglesia debe hacer presente.

## La Iglesia en una larga transición

Las Iglesias en Europa y la misma Iglesia Católica a nivel general, como consecuencia de la profunda evolución social actual, están experimentando una larga, profunda y compleja transición, llena de tentativas e incertezas. Puede ser una etapa muy enriquecedora, aunque inevitablemente también angustiosa, en la que hemos de saber situarnos adecuadamente, cristianamente: manteniendo la inquietud por afrontar la misión con ilusión y valentía, abiertos a la novedad del Espíritu; y manteniendo la serenidad, la paz, confiados en el Señor que camina a nuestro lado.

Destacamos en este apartado situaciones eclesiales que podemos vivir con especial intensidad en este momento: la perplejidad que hoy vivimos respecto a nuestra misión evangelizadora concreta y la paradoja histórica de la Iglesia. Son unas realidades que nos pueden causar malestar y desasosiego en algunos momentos, pero que no deben llegar a turbarnos, ni a paralizarnos, ni a impedirnos vivir con gozo nuestra fe en el seno de la Iglesia y como ciudadanos del mundo. Es necesario para ello que las asumamos adecuadamente.

• **La perplejidad que vivimos hoy como cristianos:** Las raíces de la actual problemática de la Iglesia en Europa están en el distanciamiento entre la Iglesia y la cultura occidental moderna. La cultura europea de la Edad Moderna, marcada por la ilustración, se encuentra en una fase de profundos cambios (la llamada postmodernidad), y tienen dificultades todas las grandes asociaciones o instituciones sociales tradicionales generadoras de cultura, esto es, las que pretenden transmitir a partir de su respectiva tradición sus propias convicciones: sindicatos, partidos, escuela, universidad y, obviamente, las iglesias. Esto afecta de forma relevante a la Iglesia Católica porque ha logrado crear y desarrollar en los dos últimos siglos una vida cultural relativamente significativa. En este proceso se están produciendo notables pérdidas de la vivencia eclesial tradicional de los creyentes, lo cual repercute cada vez más en la estructura de la iglesia y en la vida de sus comunidades.

En esta perspectiva cultural destaca un problema fundamental de todas las principales iglesias europeas: la perplejidad acerca de cómo proclamar hoy nuestra fe en Dios co-

mo fuente originaria de la vida toda, que ama y acompaña de tal modo que suscita la *simpatía* de los hombres, especialmente los jóvenes; que a su vez comprendan con la cabeza y con el corazón que es bueno y liberador cimentar su vida en ese Dios, seguirle con y en Jesús y contribuir con Él a hacer presente su Reino participando en la comunidad eclesial. Cada vez resulta más difícil transmitir este núcleo del mensaje cristiano, si no es a través de relaciones personales, diálogos, pequeños grupos... lo cual, naturalmente, es de una eficacia muy limitada. Las ideas y realidades centrales de nuestra fe (Dios, creación, redención, Jesucristo, gracia, pecado, salvación, resurrección, vida eterna...) mueren en muchos corazones de la generación joven y media: no se entienden, dejan frío, no interesan. Por eso el reto de la Iglesia europea actual consiste en la búsqueda de nuevas formas sociales en las que la fe cristiana de esta sociedad secularizada y pluralista pueda seguir viviendo y siendo transmitida adecuadamente.

• **La paradoja histórica que envuelve el misterio de la Iglesia:** La Iglesia vive envuelta en una paradoja histórica. Entre el *tesoro* que anuncia y las *vasijas de barro* que lo llevan aparecen hoy, quizá más patentes que nunca, continuas contradicciones. El fenómeno histórico de la Iglesia (sociológico, jurídico, organizativo, institucional, cultural) crea problemas, interrogantes, incluso rechazo. Visto desde fuera de la Iglesia sirve de justificación para duras críticas que ponen en duda su credibilidad. Vivido desde dentro de la Iglesia provoca en ocasiones rechazo hacia la institución eclesial, y en todo caso un sufrimiento que se añade como carga pesada a la situación de perplejidad antes descrita. Poco antes del Concilio se escriben cuatro estudios significativos para afrontar esta situación con estos títulos: **La Iglesia de los pecadores** [K. Rahner]; **Verdaderas y falsas reformas de la Iglesia** [Y. Congar], **Casta meretriz-La casta mujer pública** [H. U. von Balthasar] Y **Negra pero hermosa** [J. Ratzinger]. No existe la Iglesia de ángeles y se hace necesario asumir la paradoja de la Iglesia.

A pesar de esta dolorosa paradoja, ¿puede verse cómo creíble la Iglesia? Necesitamos una comprensión de este hecho que nos permita sentir la Iglesia como creíble y acogerla gozosamente en la fe a pesar de todas sus incoherencias históricas y actuales. Si queremos vivir como miembros de la Iglesia que la aman, esta paradoja va a causarnos en

ocasiones un inevitable sufrimiento. Pero es un hecho que hemos de reflexionar y asumir adecuadamente si no queremos vivir una desafección hacia la institución eclesial o, por el lado contrario, una inadecuada defensa fundamentalista de situaciones y hechos que no son justificables. Para abrirse a la posible presencia de la realidad misteriosa de la Iglesia que se esconde en la fragilidad humana de la institución eclesial, conviene dejarse guiar por el Espíritu que es el que finalmente puede ayudar a discernir su presencia.

### Sensibilidad Postmoderna

Señalamos ahora algunas características presentes en las personas *postmodernas*. No se trata por supuesto de un análisis exhaustivo ni generalizable. Se podría matizar mucho, como buenos europeos. Pero recoge unas tendencias que es necesario conocer si queremos que nuestro mensaje no sea rechazado o ignorado ya desde un primer momento simplemente porque el envoltorio es inadecuado, incomprensible para las personas de hoy. Esto no significa que lo nuclear del mensaje tenga que rebajarse, desdibujarse, diluirse. Pero los cauces de transmisión deben tener en cuenta la sensibilidad del hombre y la mujer *postmodernos*. Son tendencias que, en mayor o menor grado, afectan a todos y condicionan la posibilidad de recepción del mensaje.

● **La autorrealización individual: intimista y vivencialista:** La tensa relación entre la Iglesia y la sociedad actual hay que verla en el marco de la difícil relación del hombre moderno, consciente de su libertad e individualidad, con las *instituciones* como tales. En nuestra sociedad por lo general la crítica de las instituciones forma parte de la conciencia normal de muchos de nuestros contemporáneos. Las grandes iglesias se ven implicadas en ese proceso social generalizado. De ahí que, de entrada, no se las vea como lo que dicen ser, es decir, como *comunidades de fe*, sino particularmente como organizaciones estructuradas burocráticamente. Percepción contraria al deseo de libertad individual que se desarrolla hoy en una cultura calificada como sociedad *vivencialista*. El paso de la sociedad de la escasez a la sociedad del bienestar -a pesar de la crisis actual- marca unas nuevas formas de autorrealización individual, en las que lo primordial

es *mirar hacia dentro* unido al *carpe diem* (aprovecha el momento).

Esta sensibilidad postmoderna provoca la búsqueda de una religiosidad *intimizada* y *vivencialista*. Quizá ahora más que hablar del lema «Jesús sí, la Iglesia, no», nos encontramos con «Religión, puede que sí; Dios personal, no» [J. B. Metz]. Lo cual significa que, mientras la religión se entiende como apertura a la trascendencia, al sentido último, al carácter misterioso de la vida, encuentra un notable eco (*New Age*, nueva gnosis, esoterismo, ecología-mística...). Pero esta apertura a lo divino no quiere o no puede concretarse para muchos en vinculación personal a un *tú divino* que conlleve el compromiso de una ética personal y social. Y si la Iglesia concreta fundamentalmente esa vinculación con Dios en un lenguaje normativo (con el credo y los dogmas) y en unas exigencias morales, el mensaje cristiano se vuelve frecuentemente incomprensible para la sensibilidad moderna que se convierte en una verdadera «tierra extraña» para la fe. De ahí la dificultad creciente por conseguir articular los *tres ámbitos decisivos del ser cristiano*: la fe personal, su proclamación eclesial y la cultura cotidiana.

● **Acentuación de tendencias disgregadoras:** Es previsible, a tenor de las tendencias actuales, que distintas corrientes teológico-eclesiales en la Iglesia Católica cristalicen, cada vez con mayor vigor, en determinadas formaciones sociales que dibujen una cierta disgregación eclesial. Es un fenómeno parejo al de la sociedad, en la que se desarrollan aisladamente determinados ambientes o grupos vivencialistas. En la Iglesia estos ambientes se configuran sobre todo en torno a la distinta postura que adoptan frente a la actual fase de la postmodernidad cultural.

El espectro más amplio seguirá ofreciéndolo aquella corriente eclesial que, caracterizada cada vez más por su elevado promedio de edad en su conjunto y por su percepción clara de situación de minoría social, tenderá a continuar siendo fundamentalmente abierta y moderada en la línea dialogante del Vaticano II. Se trata del llamado *centro* católico, cuyo ancho es bastante amplio desde la prudencia a la confluencia programática con valores modernos o postmodernos. Dentro de este amplio campo se encuentran experiencias significativas de parroquias, arci-prestazgos, movimientos apostólicos, grupos de catequesis, sacerdotes, religiosos y

religiosas, laicos y laicas *normales o habituales* que son los que animan, dinamizan y vertebran nuestras iglesias diocesanas.

Pero, a su vez, es muy posible que cuajen grupos de creyentes en los que predomina la tendencia a demonizar la modernidad, y que se consoliden en comunidades y sistemas de comunicación que sean auténticas *ciudadelas*, a fin de preservar y reforzar su identidad cristiana acentuando el contraste con la modernidad, y tanto más con la *Iglesia moderna*. En una dirección muy distinta, cristalizan corrientes que apuestan por la confrontación directa del anuncio cristiano con la modernidad, cansados de la búsqueda de puntos de contacto concretos de la fe cristiana con la cultura, con unas celebraciones y una predicación que responde a una mentalidad religiosa vivencialista, y por tanto que ofrece un buen acomodo a la fe cristiana de aquellos, especialmente jóvenes, que ansían seguridad religiosa. Y, aunque de forma cada vez más testimonial, permanecen experiencias de comunidades y grupos de base más *de punta* y frecuentemente un poco marginales y bastante críticos con la Iglesia, desde hace años muchos de ellos implicados en tareas sociales, sindicales, formativas y políticas en una deseada clave de presencia transformadora en la sociedad moderna.

### **«¿Cómo cantar al Señor?» El testimonio eclesial de la AC como Iglesia en nuestro mundo**

---

¿Cómo perseverar hoy como cristiano en medio de la perplejidad? ¿Cómo hacerlo eclesialmente en medio de la disgregación? He aquí unas preguntas necesarias cuando quizá nos podamos encontrar no sólo *perplejos* en nuestro mundo, cual «tierra extraña», sino también en nuestra vivencia eclesial, faltos de motivación o con poca esperanza.

¿Cómo dar testimonio de que a pesar de todo vale la pena perseverar en nuestra vida cristiana, y hacerlo eclesialmente, para hacer precisamente posible personalmente y como Movimiento «cantar al Señor en tierra extraña» [Sal 137, 4] como es nuestro mundo? Sugerimos en este apartado algunas pistas sencillas para proseguir este camino de forma madura, sin renunciar ni a la fe, ni a la

Iglesia, ni a la lucidez. Las presentamos en dos apartados:

- En el primero proponemos unas sugerencias que afectan de modo más general a nuestra vida de fe y nuestra vivencia eclesial en el seno de una Iglesia local abierta a la Iglesia Universal. Sugerimos unas actitudes maduras ante las dificultades que plantean las constataciones hechas en el apartado anterior sobre la Iglesia y el mundo actuales.

- En el segundo expresamos unas sugerencias a la ACG en sus varios niveles de localización, quizá necesarias para continuar el camino de renovación que hemos emprendido y del que esta Asamblea no debe ser punto de llegada sino de partida.

Por proponer la reflexión de forma más sencilla, presentamos las sugerencias sin muchas matizaciones, consecuencias... Recordamos que remarcar un aspecto no significa que hayamos de olvidar otros. Simplemente intentamos subrayar unos acentos que pensamos que es necesario atender ahora de modo especial.

### **Sugerencias en torno a nuestra vida de fe y en la Iglesia**

- **Realizar con toda naturalidad lo que la fe cristiana nos propone:** Comenzamos por lo que es más natural y evidente, esto es, observar con fidelidad y sencillez lo que es más propio y constituyente de un cristiano, lo que cimienta nuestra vida de fe: la oración personal y comunitaria; la celebración eucarística, especialmente dominical; la participación sacramental; la lectura personal y comunitaria de la Biblia; la reflexión y el diálogo para una mejor comprensión de la fe; el servicio desinteresado del amor al prójimo, especialmente los más necesitados; la motivación cristiana de la vida diaria, familiar, profesional, cívica, social, política.

- **Asumir la realidad compleja de la Iglesia en su momento actual:** Aceptar honrada y humildemente la situación de perplejidad puede suponer un paso importante hacia la curación, según el viejo axioma teológico: «lo que no es asumido no puede ser salvado».

La experiencia de una sociedad *poscristiana* supone para nosotros algo nuevo y profundamente inquietante, tanto más cuanto que

vivimos esa experiencia cada vez más crudamente en nuestra familia, entre nuestras amistades, dentro de nuestro entorno más próximo. Para encontrar una respuesta a estas preguntas es preciso, en primer lugar, afrontar esta situación con una mirada positiva y una actitud de simpatía hacia este mundo y hacia este momento. Este mundo y esta época que Dios ama. Y reconocer honradamente la propia perplejidad, esa perplejidad que se apodera de nosotros cuando sentimos el deseo lógico de encontrar planteamientos globales que contribuyan a mejorar visiblemente la situación y den empuje nuevo a la Iglesia. Ideas y programas no faltan, pero ninguno de los intentos consigue un notable éxito aparente: ni los más tradicionalistas ni los más renovadores. Nuestra Iglesia actual -y nosotros en ella- está empedrada y perpleja.

Conviene subrayar que los conflictos y tendencias en el interior de la Iglesia durante estos últimos años (como la típica confrontación entre eclesiología tradicionalista y renovada) no son las causas verdaderas de este fenómeno, aunque hayan podido significar una dificultad añadida. El problema conviene situarlo en el contexto más amplio de la evolución cultural en Europa, y no en una perspectiva exclusivamente intraeclesial.

● **Reconocer en la paradoja histórica de la Iglesia el misterio de la Madre que nos da a Cristo con la Palabra de Dios y los Sacramentos:** «¡Qué realidad tan paradójica es la Iglesia! Durante veinte siglos de su existencia, ¡cuántos cambios se han verificado en su actitud! Se me dice que es santa, pero yo la veo llena de pecadores. Sí, paradoja de la Iglesia. Paradoja de una Iglesia hecha para una humanidad paradójica. Esa Iglesia es mi madre porque me ha dado la vida: en una palabra es nuestra madre, porque nos da a Cristo. No todos sus hijos la comprenden. Unos se espantan, otros se escandalizan... En medio de estas coyunturas, los que la reconocen como madre tienen que cumplir con su misión, con una paciencia humilde y activa. Porque la Iglesia lleva la esperanza del mundo...». [H. de Lubac, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Salamanca 1967].

Necesitamos poder acoger a la Iglesia razonable y cordialmente como Madre que nos da a Cristo. Una Iglesia que contiene el mensaje del Evangelio, de ahí que la Iglesia sea *santa* por lo que ofrece: la Palabra de Dios con la profesión de fe y los Sacramen-

tos con su celebración; pero, a su vez, como comunidad histórica y concreta, está «siempre necesitada de purificación» y de «reforma permanente» [LG 8]. La misma Encarnación del Verbo de Dios en la humanidad de Jesús es la paradoja suprema y la Iglesia, como su comunidad histórica, no puede no ser una paradoja. La inevitable paradoja de la Iglesia tiene su origen en su mismo fundamento, dado que la Iglesia es una «realidad compleja» [LG 8], formada a la vez por un elemento divino cual «realidad misteriosa» expresión del designio de salvación de Dios [LG 1], y por un elemento humano al haber «entrado en la historia de los hombres» [LG 9].

Las cosas negativas que la Iglesia haya podido hacer y hace no se pueden justificar y hay que reconocerlas. Ser conscientes nos lleva a una cura de realismo. Tenemos un excesivo idealismo eclesial. La Iglesia no es de los mejores, es de aquellos que intentan ser mejores, que es un poco diferente. También en nuestra vida somos una paradoja: en nuestra vida familiar, en nuestra vida laboral, profesional, social, ministerial... La Iglesia es santa, porque tiene dones santos, pero los que estamos en la Iglesia no somos santos, somos una realidad de caminantes que no siempre son santos.

● **Fomentar espacios de fe comunicativos:** La Iglesia es percibida con frecuencia como una empresa de servicios religiosos más que como comunidad de fe, como un espacio acogedor y vital de una fe viva. El síndrome *anti-institucional*, la sensibilidad *intimista* y *vivencialista*, la disolución del entorno social que ha protegido hasta hace poco a la Iglesia, han provocado el progresivo distanciamiento entre la Iglesia como institución y la religiosidad personal de la persona moderna.

Sin embargo, continúan a niveles inferiores *intermedios*, tanto en comunidades *normales* como fuera de las mismas, espacios de experiencia religiosa y de fe comunicativos, espacios de auténtica vida y dadores de sentido. Parroquias dinámicas, buenas celebraciones litúrgicas, catequesis vivas de todo tipo, movimientos apostólicos activos, nuevos movimientos eclesiales, grupos de comunicación de la fe -de lectura del evangelio, de estudio, de oración- experiencias dinámicas de vida consagrada, diversos centros académicos y universidades, servicios de voluntariado, ciertas dinámicas arcipres-

tales y diocesanas... Funcionan como espacios de auténtica vida y sentido. Los rasgos más sobresalientes de tales espacios de fe acentúan lo que podríamos llamar *una Iglesia relacional*, basada en la decisión personal y en la correlación mutua tan importante en nuestro mundo actual pluralista.

Estas *instituciones intermedias* de nivel más humano y cercano, pueden ser mediadores entre las expectativas religiosas del individuo socialmente condicionado y la proclamación eclesial-institucional de la fe, propia de la gran Iglesia. Surge, pues, la necesidad de promover esos espacios que sean *mediadores eclesiales* con un talante espiritual, renovador y sinodal.

● **Impulsar la comunión eclesial activa:** Se habla mucho de comunión en la Iglesia, y va a ser muy importante fomentarla. La disgregación de grupos eclesiales aislados puede ser un grave problema en el futuro. Es necesario promover una actitud comunitaria *activa* en todos los niveles de la Iglesia, una actitud de sincero diálogo y colaboración que propicie la integración de las diversas tendencias en forma de vida eclesial comunes y en respuestas igualmente comunes a los desafíos sociales y culturales concretos.

Se hace necesario participar -no abandonar- las instancias *sinodales* de nuestra Iglesia (consejos parroquiales, arciprestales, diocesanos, asambleas, jornadas, sínodos...) con decidida voluntad *comunitaria*, unido a la franqueza para manifestar el posible desacuerdo con espíritu de diálogo. En el mismo sentido, se han de suscitar *redes* de relación, de comunión, de solidaridad, de complicidad...: entre personas, parroquias, comunidades, servicios, movimientos, asociaciones, instituciones... como núcleos eclesiales.

La misión de quienes tienen encomendado a cualquier nivel el servicio a la unidad y la dirección de la Iglesia resultará cada vez más exigente. Son ellos -y de forma decisiva los ministros ordenados- quienes deben desempeñar ese servicio de puente y de integración dentro de la misma Iglesia para superar la posible *disgregación eclesial*. La imagen bíblica del *pastor* aparece, pues, como plenamente actual aún en estos tiempos postmodernos y pluralistas, de ahí también la importancia de promover, suscitar y acompañar a candidatos al ministerio pastoral para nuestra Iglesia. A su vez es obvio el

carácter decisivo de los presbíteros consiliares en nuestro Movimiento y en nuestros grupos, y, si es el caso, ayudados a su nivel propio por asesores laicos.

● **Los católicos: ¿un resto fiel, levadura en la masa?:** Otra constatación importante es la creciente asimetría entre los que comparten una significativa pertenencia en la Iglesia y los más inactivos, así como el crecimiento de la increencia que nos conlleva una experiencia frecuentemente desconcertante y difícil como es el ser un «pequeño rebaño» [Lc 12, 32] y un «resto fiel» [Rom 9, 27].

Conviene aquí asumir espiritualmente y eclesialmente tal realidad teniendo en cuenta el principio bíblico del pequeño número que irradia esperanza -«un pueblo humilde y pequeño» [Sof 3, 12s]; «un resto fiel» [Rm 11, 4s]- y que invita a ser más Iglesia *en misión* que aunque *pequeña* tiene la voluntad evangélica de ser «sal de este mundo» [Mt 5, 13] y «levadura en la masa» [Lc 13, 21], ya que Cristo se hace presente «en los hermanos por más pequeños que sean» [Mt 25, 40], dado que según el Vaticano II en «estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo quien con su poder constituye a la Iglesia, una santa, católica y apostólica» [LG 26]. En este sentido conviene tener presente que «una Iglesia que es consciente de ser 'minoría' tiene más vivo el sentido del testimonio» [C. M. Martini].

### Sugerencias para la ACG

Proponemos ahora unas pistas de reflexión en torno a unas cuestiones que creemos que, sobre todo a partir del momento de esta Asamblea, hemos de tener en cuenta para que este acontecimiento suponga el punto de partida de una renovación de la ACG atenta a los signos de los tiempos, con la lealtad necesaria para mantenerse fiel en aquello que le es sustancial, y con la libertad necesaria para afrontar la renovación en todo aquello que son formas e instrumentos propios de cada tiempo y lugar en la Iglesia.

● **Primado de la dimensión espiritual y creyente:** La ACG es un movimiento cristiano. Puede haber diversas formas de esa vivencia cristiana, pero hay que subrayar su dimensión radical creyente y espiritual. El grupo, el movimiento ha de ser un lugar *religioso-espiritual*. Estamos en un movimiento por

opción religiosa, no por otro tipo de opción. Para otro tipo de opciones ya hay otras asociaciones en las cuales también podemos estar (partidos políticos, sindicatos, asociaciones profesionales, culturales, ONG...).

Por opción religiosa quiere decir por motivos espirituales, y por lo tanto, fascinados por Jesucristo que nos invita con su «sígueme» [Mc 2, 14; Lc 5, 11; Jn 1, 43] y que en momentos de dificultad y crisis suscita las preciosas palabras de Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iríamos? Sólo tus palabras dan vida eterna» [Jn 6, 69]. Por eso el Señor nos recuerda que «os he dicho esto para que participéis en mi alegría y vuestra alegría sea completa... El amor supremo consiste en dar la vida por los amigos... No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que os pongáis en camino y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. Lo que yo os mando es que os améis los unos a los otros» [Jn 15, 11.13.16s].

Esta dimensión espiritual y creyente de la vida cristiana se construye en tres dimensiones: en el *espacio íntimo*, que conviene restaurar en cada uno de nosotros; entendámonos, no se trata de inmiscuirse en la vida íntima de la gente sino de permitirles - así como a nosotros mismos- de reencontrar una protección de su individualidad, cual sujeto-activo en el espacio que uno vive. En segundo lugar, el *espacio espacio inter-personal* que en el momento presente tiene una función importante como trabajo de *proximidad* (familia, vecinos, amigos, compañeros de trabajo...); de hecho la conciencia que yo tengo de mí mismo pasa por la conciencia de las relaciones en las cuales estoy comprometido con el otro y en definitiva también abierto al *Otro* (en mayúscula). Y en tercer lugar: el acceso al *espacio social*: se trata de una dimensión esencial para construir una sociedad en la que cada uno tenga su lugar; este polo del *espacio social* pide reencontrar el sentido y el gusto por la dimensión *política*, en el sentido amplio del término como participación a la vida de la sociedad: *polis* = ciudad [cf. así, la teología 'política' de J. B. Metz]. La interrelación entre estos espacios es decisiva y por esto promover la dimensión espiritual y creyente necesita no extrapolarlos, sino articularlos correctamente. Recordemos en este contexto la síntesis presente en la preciosa y clásica formulación del doble mandamiento del amor de nuestro conocido **Catecismo**:

«amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» y «amarás al prójimo como a ti mismo».

● **Vivir, celebrar y atestiguar el plus cristiano**: ¿Cuál es la novedad cristiana? ¿Cuál es el aporte que Jesucristo hace a la humanidad? ¿Cuál, es pues, el *plus cristiano*, por el cual vale la pena vivirlo, celebrarlo y atestiguarlo, teniendo presente las limitaciones, los egoísmos, las injusticias, en definitiva, el pecado, presentes en nuestro mundo y también en nosotros mismos? La respuesta se centra en Jesucristo que con su vida, muerte y resurrección nos atestigua cómo la persona humana puede llegar a ser un «hombre nuevo» [Ef 2, 15; 4, 24], y, a su vez, cómo el mundo puede convertirse también en «un cielo nuevo y una tierra nueva» [Ap 21, 1]. Por eso el Vaticano II afirma con tanta fuerza que es a partir de Jesucristo que conocemos quién es la persona humana con una formulación que es la más citada de todo este concilio y que dice así: «sólo en el misterio de Jesucristo, Verbo encarnado, se esclarece el misterio del hombre, y así se manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» [GS 22]. En definitiva es Jesucristo quien nos enseña plenamente qué es la persona humana, cómo debe amar, sufrir y esperar. Por eso la Iglesia no puede imponer su visión antropológica-histórica ya que su punto de partida es la fe en Jesucristo, y como es sabido la opción creyente es libre y nunca puede imponerse, pero si puede y debe ofrecerse como una *propuesta de sentido, coherente, creíble y digna de fe*, como *Evangelio*, es decir, como *buena noticia nueva y gozosa*. Un precioso ejemplo reciente la tenemos en la Encíclica **Caritas in veritate**, cuando recuerda, por un lado, que «la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer» [n 9], pero a su vez afirma que «la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica» [n 75], siendo por eso «el humanismo cristiano la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo» [n 78].

En esta clave podemos entender otra formulación del Vaticano II sobre la finalidad de la Iglesia, y por tanto de nuestro Movimiento como testimonio eclesial que quiere ser, al afirmar bellamente que la Iglesia es «como un sacramento, es decir, un signo o instrumento de la íntima unión con Dios -la filiación- y de la unidad de todo el género humano -la fraternidad-» [LG 1], como expresión máxima del Reino de Dios. En definitiva,

la Iglesia y nosotros en ella se ofrece para posibilitar la unión íntima del hombre con Dios, es decir, *la filiación* con Dios que comporta una nueva relación con Él como *buen Padre*, basada no en el temor o la lejanía, sino en la confianza de saberse en *buenas manos*, como Jesús que ante su muerte exclamó con fiada: «¡Padre! En tus manos encomiendo mi espíritu» [Lc 23, 46]. A su vez, la Iglesia y nosotros en ella teniendo presente que «los hombres avanzan cada día más en la unidad» quiere que «lleguen a la unidad de la familia de Dios» [LG 28], gracias a *la fraternidad* universal realizada por Jesucristo que hace posible no sólo invocar a Dios como Padre, sino además y con gozo decirle: «Padre *Nuestro*», expresión que se convierte así en el último *sentido* y ¿por qué? de la misión de la Iglesia y de nuestra tarea como Movimiento apostólico en ella.

● **Proponer la fe con claridad en la sociedad actual, secular y pluralista:** Se trata de constatar que no basta una pastoral y un testimonio marcado por la prioridad en la acogida, generosa y abierta a todo y todos. En efecto, seguramente conviene complementarla con una pastoral y un testimonio de propuesta de la fe. Una propuesta, no impuesta, pero honesta y no vergonzante. Esta es la conocida opción de los **Obispos de Francia** en su Carta a los Católicos: **Proponer la fe en la sociedad actual** [1996], después de una larga etapa de limitarse a acoger. Esta propuesta se desarrolla en tres ejes: fiarse del Dios de Jesucristo, afrontar la prueba del mal -verdadero punto novedoso- y vivir actuando según el Espíritu. De ahí surge una imagen de la Iglesia que propone la fe y que precisa su acción celebrando la salvación (*liturgia*), sirviendo la vida de los hombres (*diakonía*) y anunciando y atestiguando el Evangelio (*martyría*).

En esta propuesta de la fe en referencia a sus contenidos conviene situarse en una visión procesual que tenga en cuenta la fe cristiana en clave de *jerarquía de verdades* afirmadas por el Vaticano II [UR 11; repetida en el CEC 90], no para seleccionar unas verdades respeto otras sino para centrarse en aquellas más esenciales como son «creer en Jesús como Dios y Salvador» [UR 12] como síntesis de toda la fe cristiana vista y ya presente en las más antiguas profesiones de fe como: «creo que Jesucristo es hijo de Dios» [Hch 8, 37], o «Jesús es el Cristo» [Jn 9, 22; Hch 5, 42], o «Jesús es el Señor» [Rm 10, 9; 1Cor 12, 3].

● **Reforzar la originalidad fundacional de la ACG que es su misión-evangelizadora, protagonizada por laicos y vivida en comunión eclesial:** La ACG es fundamentalmente un movimiento *apostólico* cuya misión es evangelizadora, tanto en el sentido de acompañamiento a los ya creyentes (santificar y formar cristianamente las conciencias), como en el sentido más primariamente evangelizador (de anuncio de Jesucristo unido al servicio a los más necesitados). La ACG a su vez tiene como originalidad el ser protagonizada y dirigida por laicos y laicas. La ACG está en comunión eclesial, siendo por tanto un movimiento eclesial, que no quiere decir puramente intra-eclesial.

La razón original de la ACG es la dimensión misionera de los laicos de las parroquias y la diócesis que, a la vez que quieren ser acompañados en su formación -estar en forma- como cristianos, quiere trabajar juntos para anunciar a Jesucristo en el mundo concreto en que están, teniendo en cuenta que están en una situación de frontera, en medio del mundo, y servir a los más necesitados. Esto quiere decir colaborar en el acompañamiento de la Parroquia a los ya creyentes, y colaborar también con la misión de la Parroquia en el anuncio del evangelio en clave de frontera. Y eso hacerlo no sólo como creyentes y cristianos con compromisos muy diversos, sino atentos a dónde hace falta especialmente que se anuncie el Evangelio en el entorno social de la Parroquia.

● **Centrarse en la localidad de la Iglesia diocesana, como iglesia local, y particularmente en su concreción parroquial:** El Movimiento tiene como lugar de referencia la diócesis, como red de los laicos de la diócesis, corresponsables en la misión eclesial. Su enraizamiento primordial ha de ser local: a partir de la propia parroquia y con el arciprestazgo, en clave diocesana, con otras diócesis y también a nivel nacional, regional y mundial. No podemos perder la dimensión de la Iglesia como iglesia local, la iglesia concreta que se realiza en un lugar, donde se celebra la Eucaristía, donde hay un obispo con sus presbíteros, donde hay un pueblo de Dios.

Esta dimensión de enraizamiento es muy importante si queremos tener futuro. Es difícil prever un espacio significativo para el movimiento (a no ser que se convierta de hecho en una pura asociación privada) si no hay un fuerte entroncamiento en esa realidad diocesana y parroquial. Tener una red o

asociación de los laicos, eso es lo realmente importante, subrayando ese aspecto diocesano y laical. La ACG tiene que sentir como propio el Plan Pastoral de cada diócesis, unido al que se pueda tener a nivel de toda España.

● **Procurar una pertenencia al movimiento amplia y acogedora:** A veces tenemos una percepción muy estricta de quien es militante y no militante, o quien es miembro o no miembro. Quizá el hablar de *red* -como una red que da libertad- al estilo de una asociación a distintos niveles y con diversas formas de pertenencia a ella, nos ayude a comprender que pueden haber diversos tipos de pertenencia.

Deberíamos encontrar en esos tipos diversos de pertenencia el estilo de Jesús que tenía diversos círculos de discípulos: los más próximos, los tres, los doce, Nicodemo, la gente... Quizá necesitamos aceptar y promover pertenencias diversificadas: de los permanentes, de los amigos, de los simpatizantes, de los esporádicos... Es lo que pasa con la pertenencia a la Parroquia y a la misma Iglesia, y con la misma Misa dominical: hay gente que va normalmente a ella, los que van en alguna fiesta... Debemos hacer esfuerzos para fraguar esa red de relación, de trabajo, en un sentido más integrador.

● **Sobre el compromiso: ambigüedades e interrogantes:** Sería un buen servicio al Movimiento procurar una reflexión sobre el compromiso hoy, ya que las reflexiones con que contamos seguramente son más propias de otros tiempos (militancia clara, englobante, permanente...).

Así: ¿cuál es la opción militante decisiva? no hay lugar a dudas de que es el servicio-amor constante a los otros, especialmente a los más pobres/marginados y a todos aquellos que *buscan* cuales «pobres en el espíritu». ¿Pero, quiénes son estos pobres en nuestra sociedad y en nuestro entorno? Jesucristo optó preferencialmente por los pobres, porque sabía que eran aquellos que quedaban habitualmente más mal parados. Una pobreza que Mateo y Lucas nos presentan en las Bienaventuranzas en toda su amplitud espiritual [Mt] y material [Lc], a la vez. Los pobres en nuestra sociedad española están cambiando mucho, y hemos de preguntarnos qué quiere decir hoy y aquí optar «preferencialmente» [Juan Pablo II] por los pobres-

marginados-desfavorecidos sabiendo que Jesús fue «un judío marginal» [J. P. Meier].

Además es importante una reflexión sobre los llamados compromisos *puntuales*, que están más en boga que la visión de una militancia clara, englobante y permanente, que aparece como menos actual. Esta militancia *puntual* puede caracterizarse por estos tres aspectos: un objetivo limitado, una eficacia inmediata y una implicación mesurada ¿puede ser punto de partida? ¿La ACG puede adaptarse a este cambio en la concepción y vivencia habitual del compromiso en clave más puntual que englobante, más minoritario que compartido? He aquí unos grandes desafíos a madurar...

Otro aspecto a meditar es sobre la cuestión del bien posible y del mal menor en el caso de leyes *imperfectas*, o de una opción política concreta o de un voto por un partido... ¿cómo discernirlo evangélicamente?

A su vez, la gran pregunta continúa siendo: ¿de qué nos hemos de liberar en el mundo actual? Aquí en Europa, en nuestras tierras, hoy... Esta pregunta no encuentra hoy una respuesta única con la consecuente dificultad para articular un compromiso fuerte y constante ya que no siempre aparece una opresión o una injusticia flagrante... He aquí diversas cuestiones a reflexionar tomando en mano la *Doctrina Social de la Iglesia* y la reciente Encíclica, *Caritas in veritate*.

● **La cuestión de la visualización colectiva:** El eje central en torno al cual gira la vida del Movimiento no es la visualización colectiva, sino el testimonio personal en la vida cotidiana y de frontera. El eje de la visualización es a través de cada persona en su mundo, en la vida cotidiana y de fe. Especialmente desde el Vaticano II se ha priorizado una comprensión de la evangelización en clave de «sal en el mundo» y «levadura en la masa» [Mt 5, 13; 13, 33; Lc 13, 21], inmersos en la realidad y en los gozos y esperanzas de nuestro mundo [cf. GS 1].

Aunque queda la pregunta hoy por la posible significatividad de una visualización también colectiva eclesial. En estos últimos años aparece con cierta fuerza una nueva exigencia de replantear una visualización colectiva subrayando más su visibilidad como «luz sobre del mundo» [Mt 5, 14]. El actual pluralismo social, cultural y político de los cristianos hoy no debería ofuscar los valores

cristianos comunes, sobre todo los irrenunciables para la fe cristiana, teniendo presente los criterios del «bien común, ya que esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad», afirma la reciente Encíclica **Caritas in veritate**, [n 7]. No se trata del seguidismo político ni del nacionalcatolicismo. Habría que plantear que también alguna vez se puede tener una presencia pública como movimiento, aunque sea pequeña, pero iluminando. Preguntarnos cómo replantearnos esa visualización colectiva. No es que sea muy importante o lo fundamental del movimiento. Pero si no lo hacemos, los obispos continuarán siendo los únicos que visualicen públicamente la Iglesia. Aunque todo esto no sea fácil es importante que como Movimiento de AC nos lo planteemos.

● **Promover una metodología evangélica e integradora:**

**Lectura creyente y sistemática del Evangelio.**

Nuestros grupos deberían hacer una lectura *sistemática* de la Biblia (siguiendo el año litúrgico...). Debe revalorizarse la Palabra de Dios entre los católicos, a partir del Sínodo de los Obispos sobre **La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia** [2008] y la correspondiente Exhortación sobre ella que aparecerá en el próximo curso.

**Celebración eucarística dominical.** Es algo que es consustancial a la misma fe y no es una cosa adjetiva, de ahí la significatividad de las *celebraciones sacramentales* en nuestra vida personal, de grupo y de Movimiento.

Referencia al **Compendio de Doctrina Social de la Iglesia** y al plan de formación: **Ser cristianos en el corazón del mundo**. Conviene recuperar la **Doctrina Social de la Iglesia** como lectura creyente de la realidad tal como recuerda la reciente Encíclica **Caritas in veritate**: «la doctrina social de la Iglesia responde a esta dinámica de caridad recibida y ofrecida. Es *caritas in veritate in re sociali* - caridad en verdad sobre la cuestión social- anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad» [n 5]. Nuestro Movimiento necesita tener unas bases de formación teológica y de forma muy específica la doctrina social que posibilite su tarea evangelizadora.

**Metodología integradora entre la fe y la vida.**

Que el grupo, el Movimiento, sea realmente como la Iglesia un espacio de «comunidad de fe, esperanza y amor» [LG 8], y no sola-

mente un grupo de trabajo, y que por tanto posibilite una iluminación creyente de la propia vida a partir del Evangelio. En este contexto aparece la importancia de la lectura de los *signos de los tiempos* como «verdaderos signos de la presencia o de la voluntad de Dios» [GS 11]. Así, se revaloriza el espíritu y aún la metodología de la *revisión de vida*, que debe apoyarse en una base de formación mínima (bíblica, cristiana, eclesial, doctrinal social...), de forma que posibilite una lectura creyente de la realidad (*ver*), capaz de juzgarla y de convertir los corazones (*juzgar*), para impulsar a una acción misionera (*actuar*), así como la celebración de esta fe (*celebrar*).

## Conclusión

### La AC hoy como testimonio eclesial de frontera para «cantar al Señor en tierra extraña»

---

*Abriendo caminos a la Esperanza:* este es el mensaje que esta Asamblea ofrece a las diócesis de nuestras tierras a través de la constitución de la ACG En esta «tierra extraña» de nuestro mundo, la ACG como Movimiento evangelizador de niños, jóvenes y adultos, quiere ofrecerse con sencillez pero con profunda convicción, como un testimonio eclesial de frontera para poder «cantar al Señor» [Sal 137, 4], es decir, para vivir, atestiguar y celebrar el Evangelio y la fe en Cristo, y así poder abrir caminos a la esperanza. Se trata de colaborar para que esa «tierra extraña» en la que vivimos quizá pueda ser, como ya intentó y no sin dificultades Pablo en Atenas, un «nuevo areópago» [Redemptoris Missio, 37] capaz acoger con gozo la fe cristiana y eclesial que compartimos.

Con la fidelidad y la libertad de los hijos de Dios, hagamos que esta Asamblea sea un punto de arranque en nuestro Movimiento como testimonio eclesial de frontera para cantar al Señor en nuestra tierra y así *abrir caminos a la Esperanza*.